CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Temporada Nº **57**
Exhibición Nº **7240 7241**
Cine **Gaumont Espacio INCAA Km 0**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102, o escribiendo a: **nucleosocios@argentina.com**

Buenos Aires, 23 de febrero de 2010

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

UN HOMBRE SERIO

(*A serious man,* EE.UU / Inglaterra / Francia - 2009)

Dirección: ETHAN y JOEL COEN. *Guión*: Ethan y Joel Coen. *Diseño del film*: Jess Gonchor. *Música original*: Carter Burwell. *Fotografía*: Roger Deakins. *Asistente de dirección:* Betsy Magruder. *Montaje*: Ethan y Joel Coen. *Mezcla de Sonido:* Craig Berkey. *Dirección de arte*: Deborah Jensen. *Decorados*: Nancy Haigh. *Vestuario*: Mary Zophres. *Elenco:* Michael Stuhlbarg (Larry Gopnik), Richard Kind (tío Arthur), Fred Melamed (Sy Ableman), Sari Lennick (Judith Gopnik), Aaron Wolff (Danny Gopnik), Jessica McManus (Sarah Gopnik), Peter Breitmayer (Mr. Brandt), Brent Braunschweig (Mitch Brandt), David Kang (Clive Park), Benjy Portnoe, Jack Swiler, Andrew S. Lentz, Jon Kaminski Jr. (Mike Fagle), Ari Hoptman (Arlen Finkle), Alan Mandell (Rabbi Marshak), Amy Landecker (Mrs. Samsky), George Wyner (Rabbi Nachtner), Michael Tezla (Dr. Sussman), Katherine Borowitz, Steve Park, Allen Lewis Rickman, Yelena Shmulenson, Fyvush Finkel, Ronald Schultz, Raye Birk (Dr. Shapiro), Jane Hammill, Claudia Wilkens, Simon Helberg (Rabbi Scott), Adam Arkin, Jim Cada, Michael Lerner (Solomon Schlutz), Charles Brin, Michael Engel, Tyson Bidner, Phyllis Harris, Piper Sigel-Bruse, Hannah Nemer, Rita Vassallo, Warren Keith, Neil Newman, Tim Russell, Jim Lichtscheidl, Wayne A. Evenson, Scott Thompson Baker, Landyn Banx, Rachel Grubb, Sherilyn Henderson, Nicole Kruex, Lauri Mueller, Helen Murray, Lisa Pechmiller, Asher Pink. *Producción:* Ethan y Joel Coen. *Producción ejecutiva:* Tim Bevan, Eric Fellner, Robert Graf. *Productoras:* Mike Zoss Productions, Relativity Media, Studio Canal, Working Title Films. *Duración original*: 106’.

Este film se exhibe por gentileza de United International Pictures (U.I.P.)

El Film

Larry Gopnik (Michael Stuhlbarg) es una persona de lo más normal. Trabaja como profesor en una universidad, tiene una esposa (Sari Lennick) con la que mantiene una relación lo suficientemente afable, un hermano (Richard Kind) un poco tarado obsesionado con un quiste en el cuello que se drena constantemente, y dos hijos adolescentes (Jessica McManus y Aaron Wolff) con las típicas preocupaciones de su edad. Pero si todo empieza a torcerse poco a poco, la crisis de un cuarentón puede adquirir proporciones comedidamente épicas si tras la película encontramos a una pareja a estas alturas más que imprescindible en el panorama cinematográfico de las últimas décadas, los geniales Ethan y Joel Coen. Y es que tras **Quémese después de leerse** (*Burn after Reading,* 2008) la dupla regresa en buena forma, con una historia en forma de principio a fin y hasta las últimas consecuencias.

Una vez más, los hermanos Coen logran generar un ambiente situacional indescriptible en su armonización de comedia negra y tragedia tremenda e insondable, sorprendente en este caso por la implacable ferocidad con la que el personaje principal de la historia (genial Michael Stuhlbarg) es vapuleado de principio a fin, en un metraje en el que la aplastante trivialidad de lo cotidiano supura una bilis cáustica tan asimilable por el espectador que prácticamente se absorbe este descenso a los infiernos con una naturalidad al margen de todo planteamiento ético, moral o por supuesto religioso (la parafernalia judía es aquí inexcusable como titubeante balanza garante del equilibrio entre lo espiritual y lo

terrenal). Así pues, un microcosmos delirante pero parco, histriónico pero sereno en el que la otra gran virtud de los Coen es explotada siempre con acierto: la dirección de actores, de quienes logran exprimir cada gota de genialidad interpretativa al margen de que cada proyecto esté encabezado por miembros del *star system* de Hollywood o por integrantes del más mundano (aunque cada vez menos) sustrato televisivo.
Es innegable que el conocedor de la obra de la pareja creativa navegará por terrenos anteriormente transitados y encontrará resortes habituales sin llegar nunca a lo extenuante. Pero con todo, la indagación en los soterrados vericuetos emocionales de este hombre al borde de un abismo social y personal que afronta su destino con sobrio estoicismo, captura sin fisuras en un desarrollo milimétrico en su avance, en su devenir y en su conclusión, tan fiel al desamparo que impregna todo desde los primeros instantes de la trama que termina convirtiéndose, en un clímax presidido por un doble bofetón al palco, en una proclama rayana en el nihilismo existencialista, en la concepción de nuestro paso por la tierra como un machacón ir y venir de alegrías y tristezas. Conatos de esperanza se cuelan por las rendijas de un elenco dispar y justamente exagerado, hipócrita e inútil en muchos casos, en un cosmos tan peculiar y extravagante que es la figura del abogado (Adam Arkin) la única llave que abre la puerta al escaso y sincero desahogo emocional de Larry Gopnik. Y de fondo, el principio de incertidumbre: nadie sabe qué está pasando verdaderamente.

(José Arce, extraído de www.labutaca.net)

Disfrazada de obra menor, **Un hombre serio** es la mejor película posible para entender el universo interno de los Coen. El personaje de Michael Stuhlbarg es su mejor encarnación del desvalimiento existencial desde **Barton Fink** (1991).
Un hombre serio viene disfrazada de obra menor, de título que entra de puntillas en la filmografía de los Coen, quizá por la ausencia de aspavientos estéticos, quizá también por la no presencia del particular *star-system* coeniano, pero en cualquier caso nada dispuesto a ganar el favor de nuevos acérrimos entre la galería. Sin embargo, aquellos que conozcan en profundidad la obra de los hermanos, sus mecanismos y sus conceptos esenciales, sus fundamentos temáticos y su sobresaliente identidad visual (pese a todo nunca anclada en manierismos estéticos), encontrarán en esta su última película la pieza más valiosa para el descifrado de su universo intrínseco, la más propicia para subrayar la cohesión interna de su cine. Un cine que, pese a los vaivenes al servicio de la comercialidad, sigue recorrido por constantes personalísimas e irremplazables que, bien al contrario, caminan hacia una profundización del discurso, aquí más que nunca asomándose a visos tremebundos.
Desde su prólogo remontándose a la maldición de una saga familiar, sorprendente e hilarante a partes iguales, los Coen perpetran un insondable (y perverso) juego de posibilidades que buscan la respuesta y panacea a la creciente angustia existencial de su desdichado, malhadado protagonista Larry Gopnik (Michael Stuhlbarg). La pregunta flota en la narración desde la misma finalización de los créditos iniciales, y se contiene en las primeras frases de uno de los himnos Woodstock por excelencia, el Somebody to love de los Jefferson Airplane que Danny Gopnik (Aaron Wolff) escucha a hurtadillas en medio de una soporífera clase de la escuela hebraica. Lo que en la mayoría de los casos se hubiera presentado como un detalle anecdótico (sabemos que los Airplane fueron condenados por la ficción a ser el eterno acompañamiento de viajes alucinógenos vía su tema White rabbit) aquí adopta una importancia capital cuando esas precisas palabras se convierten en la certificación de la certeza nihilista de los Coen, descacharrantes y trágicas en boca del hasta entonces silencioso rabino Marshak, y también conclusivas de un relato circular al que le pone la puntilla el epílogo más demoledor de cuantos han firmado los realizadores: tras un largo y tendido flirteo con el desastre, todo el terror y abismo existencial, hasta entonces amenazas latentes, se personan en el rostro que se desvela tras todo un metraje de intencionado ocultamiento; probablemente, el mejor plano-símbolo coeniano, y uno de los más sobresalientes del cine reciente.
El tándem conjuga, como su propio Mentaculus (ese croquis imposible de la probabilidad que pergeña Arthur Gopnik) encubierto, los senderos a recorrer de un mapa cinematográfico en el que el desmoronamiento vital va acompañado de una quimérica búsqueda de sentido, condenada a sufrir los más trágicos y absurdos avatares a costa de los cuales, claro, se ensañará la versión más despiadada del humor Coen. Como muestra, encontramos la negrísima secuencia onírica de reconciliación-despedida entre Larry y su hermano, o aquella de la fulminación de un grotesco secundario-gag. No obstante, los mayores logros de la

caligrafía autoral vienen aquí dados por las enrarecidas atmósferas de tortura psicológica que Ethan y Joel Coen logran para momentos concretos (la llegada de Larry a casa con el consecuente e inmediato abordaje de todos los problemas familiares, con un brillante juego de la diégesis del diálogo), partiendo siempre desde un desacostumbrado minimalismo estético y beneficiadas por la espléndida dirección de actores, capaz de exprimir en Michael Stuhlbarg todos los matices entre el desconcierto y el patetismo. Así es como Gopnik se convierte, empequeñecido ante una pizarra gigante repleta de formulaciones para el principio de incertidumbre de Heisenberg, en el máximo exponente creado por los hermanos para significar el desvalimiento existencial desde el mismísimo **Barton Fink**.

(Jordi Revert, extraído de www.labutaca.net)